

Promotio Iustitiae



Debate

**Obstáculos al Compromiso por
la Justicia**

José María Mardones

**Obstáculos a la Misión Fe-
Justicia**

Patxi Alvarez SJ

EXCHANGES ÉCHANGES INTERCAMBIOS SCAMBI

Reflexión

**Vida Intelectual y Misión de los
Jesuitas en India**

Ambrose Pinto SJ

Una Respuesta

Lisbert D'Souza SJ

**El Apostolado Social en Europa
Oriental**

Robin Schweiger SJ

Experiencias

Cristo en lugar humilde

Jean-François Thomas SJ

Documentos

**La Búsqueda de una Identidad
Jesuita Asiática**

New Delhi 2004

TENDENCIAS RELIGIOSAS E IDEOLÓGICAS ACTUALES QUE SON OBSTÁCULOS PARA LA MISIÓN FE–JUSTICIA

Desde la perspectiva de la Compañía de Jesús¹
Patxi Alvarez SJ

Buenos días. Quiero comenzar agradeciendo la invitación a participar en esta jornada. Ildefonso Camacho me pidió aportar algunas reflexiones sobre la misión fe-justicia, particularmente sobre sus obstáculos, desde la perspectiva de la Compañía de Jesús. El tiempo finalmente estipulado, de una hora, me ha llevado a una cierta exhaustividad que no pretendía inicialmente. Sólo aspiro a que este rato que compartiremos nos ayude a todos a reflexionar juntos y que el diálogo posterior pueda enriquecer y matizar lo que os quiero exponer.

Comienzo leyendo textualmente de un artículo publicado hace unos meses en la Revista *Promotio Iustitiae* de este año²: «Treinta años es un tiempo suficiente para que un colectivo de hombres, de los que se supone que toman la vida en serio y son sinceros (tal es el caso de los jesuitas), puedan comprobar si una decisión tan fuerte y de tan graves consecuencias como la que se asumió en la CG 32, se tomó con toda seriedad y se está llevando a la práctica en los tiempos que estamos viviendo». Unos párrafos más adelante, el autor concluye:

existen indicadores suficientes para afirmar, con garantías de objetividad, que la Compañía de Jesús no está siendo fiel a la misión a la que se comprometió en la CG 32 y que después se ratificó en la 33 y 34. Es cierto que, en los últimos cuarenta años, ha habido jesuitas que, por defender la justicia, los derechos humanos y la causa de los pobres, han renunciado a sus propios intereses, a su seguridad, su dignidad e incluso su propia vida. Pero han sido determinados jesuitas los que han hecho eso. La Compañía como tal no lo ha hecho.

El texto está firmado por José María Castillo que tiene un largo conocimiento de la Compañía y es, además, observador agudo de la realidad. Su afirmación es tajante, neta, no admite matizaciones. En cuanto a mí, es una afirmación que no comparto, como no lo hacen otros muchos compañeros jesuitas. Por una parte, porque existen datos para pensar de otro modo, pero posiblemente también por talante personal, por carácter. No creo que la Compañía no esté siendo fiel a la misión que adoptara en la CG 32, sino que en la vida siempre hay medidas. A mi modo de ver, sí hay fidelidad y deseos sinceros y maduros de mayor compromiso. Cuestión aparte es si hemos extraído y llevado a la práctica esta opción hasta sus últimas consecuencias. Posiblemente la respuesta sea aquí muy distinta según las propias expectativas, que son las que inclinan habitualmente nuestras valoraciones. En todo

caso, parto de una apreciación mucho más positiva de nuestro compromiso real con la misión fe-justicia. Estoy convencido de que esta misión ha transformado –si bien sea sólo en parte– la Compañía, nuestros sueños e ilusiones, nuestras esperanzas, nuestras opciones, nuestra espiritualidad y teología, incluso la conciencia de nuestro propio pecado. La Compañía de hoy y la de hace treinta años tienen poco que ver. Y en el cambio experimentado a lo largo de todos estos años, la opción fe-justicia ha dejado, para bien, una impronta consistente.

¿Por qué comienzo por aquí? Porque se me ha pedido hablar de obstáculos para esta misión y, si sólo vamos a referirnos a las dificultades, fácilmente cuando terminemos la mañana saldremos con la impresión de que el presente es muy feo y el futuro teñido de sombras. Y haberlas, las hay, pero las luces también son numerosas. De hecho, soy de los que creen sinceramente que, tal como dice la CG 34, esta misión ha sido un regalo de Dios maravilloso que nos puso en buena compañía, en la del Señor, y en la de tantos amigos suyos entre los pobres y todos los comprometidos en pro de la justicia³. Si todo estuviera mal, muy mal, este regalo de Dios habría sido un regalo envenenado, piedra de tropiezo y lugar de desorientación y desesperanza. Y no es cierto, esto no es así.

En tal sentido, la perspectiva que ofrezco no es en absoluto completa, sino que, por imperativos del guión, sólo voy a poner de relieve los aspectos negativos y, deliberadamente, silenciaré los positivos, que son muchos. Pido disculpas desde el comienzo a quien pueda hacer daño. Sólo hablo desde la propia sinceridad en un terreno en el que sé que puedo equivocarme en el juicio.

Tras esta breve consideración introductoria, pasaré a referirme a los obstáculos a esta misión fe-justicia desde la perspectiva de la Compañía de Jesús. Los he incluido en seis diferentes áreas: obstáculos estructurales, de comprensión del binomio fe-justicia, otros procedentes de la formación y de nuestra práctica apostólica, alguno más propios de la espiritualidad y, en último lugar, obstáculos derivados de nuestro tiempo eclesial.

Una advertencia: hay mucha crítica en lo que sigue. Entiendo que es un ejercicio de auto-crítica –es decir, por mi parte la hago desde dentro, razón por la cual puedo permitirme ser más crudo– que sólo será pertinente si nos ayuda a mirar lo que somos con mayor realismo, para sentirnos más mínima Compañía y por ello más cercana, más a la par de los pequeños y más humanos y reconciliados. Considero que se me ha pedido hacer un ejercicio de primera semana. Como en aquélla, nos podemos perder en este ejercicio si miramos nuestras limitaciones llevados por el afán de perfeccionismo y de hilar cada vez más fino y no nos aventuramos por estas sendas conducidos por la mano amorosa de Dios. El primer modo lleva a la desesperación. El segundo nos permite seguirnos preguntando –tras examinarnos, y una vez

¹Este texto es una charla pronunciada por el autor en la reunión del grupo Fomento Social en Madrid el 27 de noviembre, 2004.

²PJ 82 (2004/1), pp. 17-18.

³CG 34, d.3, n.1.

pacificados e interpelados por dentro— qué vamos a hacer por Cristo.

En lo que sigue, me ceñiré en particular a la Compañía en España que es la única que conozco, y aún ésta, tampoco tanto. Entiendo que mucho de lo que digo es muy diferente en otras latitudes.

1. Dificultades procedentes de la historia y modo de vida común de la Compañía

Hay algunos obstáculos interpuestos a esta misión fe-justicia por nuestra historia y nuestro modo común de vida y a ellos me voy a referir en los próximos apartados.

a. Procedentes de la historia⁴

El decreto 4º de la CG 32 (año 1975) no se explica sin la actividad y los cambios producidos en la Compañía en los años que lo precedieron. Para entonces habían sido ya muchas las transformaciones sufridas en el proceso de adaptación a los nuevos tiempos. La sensibilidad hacia los temas sociales había crecido paulatinamente en la década de los sesenta, alentada tanto por el proceso de modernización social y cultural que se vivía en el Estado español, como por el impulso del Concilio Vaticano II. Es en estos años cuando la Misión Obrera, como cristalización de la sensibilidad social en la Compañía, va ganando su propia legitimidad. En 1969 los equipos de la Misión obrera aparecen por primera vez en los catálogos y con ello se expresa un reconocimiento oficial de su existencia. La presencia de una sensibilidad social preocupada particularmente por los derechos de la clase obrera era ya un hecho. Y también una incipiente preocupación por las minorías nacionales, igualmente relegadas durante la dictadura. En este tiempo hubo una identificación de los pobres con los obreros y las nacionalidades minoritarias.

La formación experimenta con mayor violencia que ningún otro sector la fuerza de las innovaciones y las crisis que conllevan. Son tiempos con una enorme sangría en las generaciones jóvenes, hasta el punto de que en un solo año —1968—, tras ocho expulsiones de escolares en el «conflicto de Loyola», 35 estudiantes salen por desfondamiento y pérdida de ilusión en la Compañía.

Además, a partir de 1969 existe un disenso contrarreformista que cobra presencia pública y se convierte en una propuesta formal de división. Es entonces cuando un grupo de profesos refieren una «relación de daños» causados al Cuerpo de la Compañía. En enero de dicho año y tras un Congreso de Ejercicios que tuvo lugar en Loiola mencionan, entre otras, las siguientes quejas: jesuitas que dirigen organizaciones obreras, se expresan en claro lenguaje marxista e incitan a la revolución; jesuitas que dirigen congregaciones marianas fomentan un clima y talante politizante y marxista; en los colegios el cultivo espiritual se ha reducido al mínimo; las revistas jesuíticas crean desorientación y sus responsables rechazan los artículos en línea de fidelidad a la Iglesia jerárquica; se minusvalora

el papel del romano pontífice, así como la *Humanae vitae*, sin que los superiores desautoricen a los que así se manifiestan públicamente.

Esta «Vera Compañía» poseía muy buenos contactos con la jerarquía y alentó en la curia vaticana un movimiento de censura hacia los cambios de la Compañía. El P. Arrupe fue el blanco de sus acusaciones. Tenían la certeza de que con él la Compañía estaba traicionando su esencia. En particular, su carácter sacerdotal. Los sacerdotes debían dedicarse a tareas espirituales y no a sociales, propias de los laicos.

La crisis y división interna en la Compañía era un hecho, debido a la enorme diferencia de sensibilidades. Y la cuestión social —la lucha por la justicia, tal como podríamos decir— se hallaba en el centro de la fractura. El coste será muy elevado, en especial en la propia Misión Obrera. El ejemplo más paradigmático es el de la Provincia de Loyola. Si en 1969 representaba el 38% de los jesuitas adscritos a la Misión Obrera, posteriormente el vaciamiento por salidas es prácticamente completo. Sólo quedaron pequeños restos, a diferencia de otras provincias.

Cuando en 1975 aparece el decreto 4º de la CG 32 hace ya años que se ha producido el mayor número de salidas, las prevenciones hacia los dedicados a los ministerios sociales están muy extendidas y el Gobierno de la Compañía debe hacer frente a las sospechas de los sucesivos papas acerca de la intoxicación política de la Compañía y la incursión de los sacerdotes en áreas seculares que no les corresponden. Los años siguientes serán tiempos para la prudencia, que caracteriza bien el generalato del P. Kolvenbach.

Posteriormente otros cambios sociales y culturales, así como a nivel eclesial —a los cuales no me voy a referir—, van a explicar un mayor vaciamiento del Apostolado Social, el que más deserciones sufre. A los jesuitas que están en él se les mira con prevención: no oran lo suficiente, no se dedican a las tareas pastorales y al cuidado de la piedad y sus comunidades no preservan como debieran la vida religiosa, que está siempre en riesgo.

Así que el decreto 4º puede entenderse de algún modo como una victoria póstuma. Las batallas que se habían vivido en torno a las cuestiones que él recoge habían dejado ya un saldo de pérdida de muchos jesuitas y sospecha sobre los apostolados sociales. Este debilitamiento del Apostolado Social repercute necesariamente, y desde su comienzo, en la misión fe-justicia, a la que tratamos de seguir hoy, pues era el que más sólidamente introducía la novedad que ésta podía conllevar.

*Así que el decreto
4º puede
entenderse de
algún modo como
una victoria
póstuma*

⁴Me baso en un artículo de Alfonso Alvarez Bolado, *Crisis de la Compañía de Jesús en el Generalato del P. Arrupe*, aparecido en la Memoria 2003 del Instituto «Ignacio de Loyola» de la Universidad de Deusto, sede de San Sebastián.

b. Los modelos de jesuita subyacentes en la Compañía

No sería difícil rastrear la tradición triunfalista a la que pertenecemos, que muy posiblemente proceda ya de los primeros tiempos de la Compañía: las vocaciones masivas que obtuvo, su rápida presencia en la evangelización de casi todos los continentes, su acompañamiento espiritual a príncipes y reyes, su formación exquisita, su posición de guardián de la ortodoxia y sus numerosos santos son algunos de los exponentes del éxito de la Compañía que pueden referirse.

Esa misma tradición de gloria es recogida por la Compañía restaurada y llega a nuestros días. El jesuita es un hombre que deja huella, que impacta, que innova. La Compañía quiere ser reconocida y relevante. En nuestros tiempos, donde tantos jesuitas han / hemos sido formados en una vida religiosa liberal-eficacista esto se traduce en la voluntad de hacer carrera que seduce a muchos y el deseo de ser los mejores en alguna de las facetas de la vida social o eclesial. Los modelos que se promueven y se ofrecen de ejemplo se orientan hacia los jesuitas que triunfan. Hay un deseo de emularlos a través de los largos estudios en las mejores universidades del planeta, con dorados doctorados. En general, el jesuita trabaja, se toma la vida en serio, se entrega y busca reconocimientos. Incluso el juicio de la idoneidad de un escolar puede ser realizado sobre esta base. Dicen que en la salida de un jesuita en formación hace no muchos años su superior comentó en público: «De menudo mulo nos hemos librado», haciendo referencia a sus pocas luces. Es muy doloroso ver que a la gente se la valora en vida religiosa más por sus capacidades intelectuales, que por su calidad espiritual y humana.

A mi modo de ver, este modelo de éxito y eficacia que afecta a toda nuestra actividad apostólica, se trate del sector que se trate, ha tenido dos consecuencias para la opción fe-justicia que podemos reseñar:

La primera consiste en que, por lo general, los jesuitas asumieron esta misión muy voluntaristamente. El jesuita tiende a ser pelagiano. Cree que Dios actúa en el mundo – cosa que sabe bien por teología y por contemplación del amor–, pero fundamentalmente a través de las causas segundas, y más concretamente, a través de nuestras manos. Somos grandes trabajadores, pero nos tomamos las cosas con poca deportividad. El apostolado social, cercano a los pobres y, por tal motivo, necesitado de fiesta, de esperanza, de celebración, de fe, ha sido, por el contrario muy serio, muy militante. Lo expreso en palabras de Carlos Cabarrús, clarividentes y que tienen sabor a confesión:

A los que vivimos en estas latitudes, en épocas no muy remotas, se nos han caído ya muchos sueños: se nos han muerto proyectos, se nos han venido abajo idealizaciones, se ha perdido mucha gente –y de las más valiosas, en aras de todas esas utopías que quisimos realizar. Nos equivocamos en muchos análisis que

creíamos correctos. Hay que reconocer que eran cerrados, muchas veces apoyados no en datos científicos sino en simples anhelos. Satanizamos en muchas ocasiones a los que «no estaban con nosotros»; de alguna manera también idealizamos al pueblo, lo ideologizamos, sacamos a los(as) pecadores(as) de ser también principales destinatario(as) del mensaje de Jesús y del Reino. Todo eso nos hizo generar una espiritualidad concentrada únicamente en eso: cambiar estructuras, pero descuidando el trabajo personal complicado de la transformación del corazón humano. De alguna manera revivimos un cierto pelagianismo: conquistábamos todo con la voluntad, con la organización, con la fuerza. No reconocimos espacios autónomos entre la fe y la justicia; vivimos la aparente síntesis entre esos dos elementos como algo que se conquistaba, no como algo que se recibe y se celebra. Olvidamos en todo esto la fiesta, la alegría, el saber descansar. Generamos un talante de espartanos que tendía a quemarnos; no le dimos los espacios vitales a la oración personal y seria. Olvidamos, en la práctica, el discernimiento; no aprendimos a trabajarnos a nivel personal, no nos dimos a la tarea de aprender a vivir más en caravana. No hicimos siempre un ejercicio de descubrir nuestras falacias y mentiras⁵.

La misión fe-justicia comporta una dimensión festiva, celebrativa, de «pérdida de tiempo» para la que no estamos preparados

Dicho muy resumidamente, la misión fe-justicia comporta una dimensión festiva, celebrativa, de «pérdida de tiempo» para la que no estamos preparados.

En realidad, muchos de los jesuitas socialmente más activos han ido muy por libre, muy a su aire. Han bebido de las mismas fuentes del individualismo de la vida religiosa de estilo liberal eficazista que el resto. En muchos casos, no han generado instituciones donde otros jesuitas se pudieran incorporar con facilidad. Al contrario, se han contado entre los carismáticos que nadie sabía muy bien cómo controlar y cuyos superiores se contentaban con que no se metieran en algún lío que les involucrara. En el fondo, hacían lo que querían y su impacto al interior de la Compañía ha sido pequeño. Muchos de ellos han terminado sin herederos. Su labor encomiable, pero con poco relieve su pertenencia al cuerpo. En ese sentido, ha faltado comunidad, como en tantos otros sectores. Pero tal vez en el apostolado social era más necesario que en ningún otro. De hecho, los apostolados sociales más relevantes hoy en España son aquellos en los que hubo una comunidad de jesuitas que los respaldaba y los jesuitas que participaron en ellos se cuentan en la actualidad entre los compañeros de espiritualidad más honda.

La segunda consecuencia se deriva del hecho de que el apostolado social es poco atractivo para hacer carrera. Los pobres, por el hecho de ser pobres, no son relevantes, no alcanzan renombre, no aparecen en los medios de comunicación. El apostolado social que fundamentalmente busca el encuentro con ellos se topa con su misma realidad: entre los pobres se nos promete la irrelevancia. Poca cosa para un «auténtico jesuita». Por eso, muchas veces quienes

⁵Cabarrús, C, Cuaderno de bitácora para acompañar caminantes, Bilbao: Descleé de Brouwer, 2000, p.21.

mayor reconocimiento social han alcanzado en estos apostolados han sido los que –como dice un compañero que vivió muchos años en Centroamérica– ejercen de «Papá Noel» y pretenden comprar la cercanía de los pobres con los donativos de sus bienhechores. Esos también hacen carrera a costa de los pobres... y mientras los donativos continúan llegando. Paradójicamente, bastantes de los jesuitas elegidos en sus Provincias para participar en Congregaciones Generales han estado involucrados en el Apostolado Social, pues se les ha reconocido una profunda espiritualidad de la vida que posiblemente haya fraguado en los apostolados de irrelevancia y fracaso en los que han participado.

Sinceramente, creo que ese modelo subyacente de jesuita del que todos bebemos en nuestra formación y una vez dentro de la Compañía, tal vez incluso aún más, hace al Apostolado Social poco atractivo, pues alcanza poco reconocimiento. ¿No será en parte debido a esto que pocas vocaciones jóvenes soliciten un destino a este apostolado?

c. El alejamiento físico de los pobres

¿Qué decir de nuestras comunidades? En su gran mayoría son conventos que permiten una vida religiosa reglada. En realidad, como no somos conventuales, las casas se convierten en lugares de descanso del guerrero, que establecen una distancia sobre la vida común de la gente. Muchas veces situadas físicamente encima de nuestras obras, permiten verlo todo desde arriba, una preciosa atalaya que ofrece un enorme riesgo de alejamiento y ausencia de roce. Creemos saberlo casi todo, pero somos muchos los jesuitas que desconocemos cómo vive la gente normal más allá de nuestras propias familias y nuestros amigos, cuánto más la gente más sencilla, por no hablar de la pobre. No sabemos de sus preocupaciones, de sus miedos, de sus modos de pensar. Por eso somos capaces de quejarnos de nuestra estrechez comunitaria, de la comida que nos dan, de mil cosas que ni se nos ocurrirían si viviéramos de otro modo.

La opción fe-justicia necesita de ese contacto con la gente más sencilla, con excluidos, que nuestras comunidades estructuralmente dificultan o impiden. Personalmente creo que este modo de vida es de las cosas que más han afectado nuestra sensibilidad y nuestro talante.

Así sucede que siempre que hablamos en nuestras comunidades del voto de pobreza hay quien no logra entender que va mucho más allá de una prudente austeridad y que precisa necesariamente de una solidaridad con los pobres para que pueda ser tenida por pobreza liberadora. Nuestra pobreza es bienaventurada cuando tiene sed de justicia, se convierte en misericordia, trabaja por la paz y así genera alegría en los que lloran y sufren. Si no, se queda en mero autocontrol y devoción personal, loable sin duda, pero despegada del proyecto de Jesús, que curiosamente fue tenido por comilón y borracho.

Esa distancia y desconocimiento de los pobres, la

ausencia de amigos entre ellos se me antoja un impedimento insuperable para avanzar como cuerpo en la opción fe-justicia. No hay estudios, ni Ejercicios espirituales que puedan sustituir esta experiencia que nuestras comunidades tanto obstaculizan.

d. La dificultad de asumir los costes institucionales de la misión fe-justicia

Optar por los pobres, defender a los excluidos, a los irrelevantes, en un mundo que los somete y saca provecho de ellos, es exponerse a perder lo que uno tiene. Nosotros somos ricos en muchos sentidos. Si bien no suele ser tan cierto en el plano personal, sí sucede en el institucional. La Compañía posee grandes obras, bien dotadas, prestigiosas y de calidad. Creo que no estamos dispuestos a perder nada de ellas por causas justas. Estamos más preparados para la prudencia. Nos jugamos poco en nuestras apuestas. Participamos bien en todas las lógicas de nuestra sociedad y sabemos sacar provecho de ellas. Pero esas mismas lógicas son las que arrinconan a muchos seres humanos. Hay una cierta incompatibilidad que nunca nos gusta ver y que siempre que podemos ignoramos. A veces se justifica la presencia de algunas obras con el argumento de que dan visibilidad a la Compañía y a la Iglesia, sin

reparar en que más importante que ser visible es con qué cosas se nos tiene identificados. Esto, no cabe duda, dificulta enormemente la misión fe-justicia, porque no se trata ya de que la promovamos más o menos, sino de que ni siquiera la vivimos a fondo. Nos disgusta. Es que tiene sus costes.

He de confesar que disfruto una y otra vez cuando oigo decir a Jon Sobrino que Ignacio Ellacuría nunca trabajó para la UCA, sino para los pobres desde la UCA. Eso es tomarse el Reino en serio, de eso va el *magis*, y no de la excelencia tal como habitualmente se entiende, que suele ser un modo de buscar prestigio y buen nombre, de modo semejante, por cierto, al de quienes no se tienen por cristianos. Ojalá contáramos con muchos hombres como Ignacio Ellacuría.

2. Dificultades en la comprensión del binomio fe-justicia

Creo que hemos tendido a considerar que el binomio fe-justicia se refiere a una yuxtaposición de dos cosas diferentes. Por un lado la fe, y por otro, la justicia. La fe, además, la hemos entendido como una realidad más elevada. Y la justicia, algo así como una consecuencia subordinada a ella. Más aún, la fe la conocemos bien, se lee y se estudia, se comprende, se enseña en las facultades. La justicia... es más complicada, requiere de análisis, da mucho para hablar y opinar... La justicia, bueno, es otra cosa. De la fe se deben encargar los más de los jesuitas. De la justicia... también todos, pero fundamentalmente unos pocos. Mejor que unos pocos se encarguen por todos. De tal manera que en el binomio nos encontramos con un cuidado desbordado de la fe y escaso de la justicia. Con ello, las dos salen

perdiendo, porque ambas se enriquecen mutuamente en contenidos. Mejor dicho, tal como hoy afirma hoy la Compañía, ambas son inseparables.

A mi modo de ver, esta forma de entender las cosas ha sido y sigue siendo muy habitual. Y es enormemente pernicioso. Al disociar fe y justicia, se disocia al Cristo de su Reino, el problema de la increencia de su correlato en la injusticia, a lo sacerdotal de lo laical... Hoy con sorpresa volvemos a escuchar de boca de compañeros nuestros que el verdadero problema es la increencia. Como si la increencia tuviera ella sola toda consistencia, y no supiéramos que tiene que ver con la despreocupación de una sociedad de la abundancia, con su olvido del sufrimiento de otros pueblos, con la anestesia de su conciencia –que es lo que le permitiría escuchar el clamor de Dios–. La increencia está unida a la injusticia y viceversa. Este es precisamente el gran descubrimiento de la Compañía en sus últimos años. Ya el P. Arrupe invitaba a cuestionar tanto una vida espiritual que no ofrece frutos de justicia, como una vida apostólica que no transmite ninguna experiencia espiritual. En todo apostolado –decía– debe realizarse la integración de ambas cosas, el servicio de la fe y la promoción de la justicia⁶.

Tomo de Aloysius Pieris un pequeño esquema⁷: tendemos a considerar que existe el orden superior de lo sobrenatural, del don de Dios, cuyo acceso se logra a través de la contemplación, que permite recibir la fe y finalmente la salvación. Mientras tanto, existiría otro orden inferior de lo natural, del esfuerzo humano, escenario abierto a la acción humana, que permite trabajar por la justicia y alcanzar, tal vez, la liberación. Posiblemente toda nuestra tradición calcedónica y la herencia neoplatónica nos pese a la hora de considerar las cosas así, de un modo que no coincide con la tradición más judía y presente en los evangelios, en los sinópticos en particular.

Y sin embargo, la misión fe-justicia conecta mejor con otras líneas cristianas que han considerado la trascendencia de la gracia en medio de lo humano, el valor de la contemplación en la acción, de la mística del servicio. Ella permite trabajar por una salvación liberadora, o en lenguaje de nuestras congregaciones por una liberación total que el magisterio denomina liberación integral.

Romper el binomio es lo más sencillo, lo más habitual, pero unirlos es lo único que puede dar sentido a la fe y a la justicia. De hecho autentifica la fe y plenifica la justicia. Cuando la fe se separa de la justicia degenera en el actual redespertar de lo litúrgico como separado de la vida, como si perteneciera a otro orden legalista y ritual, donde el sacerdote que cumple con todos los preceptos es el que garantiza la unión con lo divino. Aunque con ello el papel del sacerdote parece que reverdece y atrae más. Cuando la justicia se separa de la fe deriva fácilmente hacia ideologías y politizaciones. Se deshinchó con los fracasos históricos y desespéra en los retrasos de las utopías, en lugar de acrecentar la esperanza. Ya lo decía la CG 32, d.

4, n. 27, hace ahora treinta años, «No hay pues promoción propiamente cristiana de la justicia integral, sin un anuncio de Jesucristo y del misterio de la reconciliación. [...] Y, a la inversa, no hay verdadero anuncio de Jesucristo sin un compromiso resuelto por la promoción de la justicia».

Por el contrario, la unión de ambas permite que las dos se fecunden, que la fe sea liberadora y la justicia un fruto místico. Comprendemos mejor que la humanidad está habitada por el misterio de lo divino y es lugar de discernimiento y que no hay salvación individual del pecado, sin liberación colectiva de la injusticia.

Como dice Jon Sobrino,

la práctica de la justicia concretiza el sentido de la fe, posibilita la aparición del misterio de Dios en la misma actuación histórica y descubre históricamente aspectos importantes de ese misterio que más difícilmente aparecen en otros cauces de la práctica del amor. En la práctica de la justicia aparece de otra forma, y de manera más radical, el carácter de trascendencia de Dios. La parcialidad por los pobres y la solidarización con ellos supone un proceso de empobrecimiento propio, y así, una connaturalidad con la realidad de Dios⁸.

En relación a este mismo tema, creo que la teología alemana, tan elevada y tan al gusto de nuestras facultades, si bien ha ayudado en la preparación del camino, fundamentalmente por el aporte de Rahner, en la actualidad debería dejar paso a teologías políticas que posibilitan abordar mejor la integralidad del binomio.

Tenemos la suerte de que nuestra última CG 34 haya incidido con fuerza en el valor de esta realidad única fe-justicia en varios de sus números, desde el decreto 2 –Servidores de la misión de Cristo–, n. 14 hasta el d. 3 –Nuestra misión y la justicia–, n. 4, tal vez en algunos de los textos más inspirados de toda la Congregación General. Es decir, hemos ganado en comprensión poco a poco, muy lentamente. Hoy entendemos mejor que nunca que cuando más fructuosos resultan nuestros apostolados, más presentes están a la vez la fe y la justicia.

Quisiera hacer una última puntualización. Creo que el apostolado social tiene la suerte de constituir un ámbito mejor preparado para vivir la integración de ambas dimensiones. Porque trabaja por la justicia, pero anhela vivirla desde la fe que anima a los jesuitas destinados a este apostolado desde la cuna. Ellos saben que el secreto de su resistencia está en la mística que los anima y no en los frutos que cosechan. No es por casualidad que en la CG 34 el documento lente –*Servidores de la misión de Cristo*– de los tres de misión surgiera al separar el preámbulo más teológico-espiritual del decreto *Nuestra misión y la justicia*. Los jesuitas que trabajan en el apostolado social han hecho

⁶Calvez, Jean-Yves, *Fe y justicia. La dimensión social de la evangelización*, Santander: Sal Terrae, 1988, p.72.

⁷Pieris, Aloysius, *God's Reign for God's Poor*, Tulana Research Centre, Tulana Jubilee Publications, 1998, p.49.

⁸Citado por Calvez, *op. cit.*, p. 145.

en los últimos años un enorme esfuerzo por que su lucha por la justicia surgiera de su fe, pues era lo único que les daba sentido. A quienes trabajan en otros apostolados les resulta más difícil integrar la dimensión de justicia, necesitan un abordaje más voluntarista. Y es que obviamente existen lugares privilegiados para vivir esta misión y otros que no lo son tanto.

3. Dificultades procedentes de la formación

Nuestra formación también presenta algunas características que debilitan la opción fe-justicia de la Compañía. Aludo a tres de ellas:

En *primer lugar* el escaso destino de jesuitas al estudio de ciencias sociales. En general se supone que es mucho más perentorio conocer a fondo nuestra fe que la complejidad de nuestro mundo. Pero hoy en día el mundo es más complicado que nunca antes.

Necesitamos conocer cómo se organiza, quién se beneficia de él, quién sufre y qué consecuencias experimenta... En esto creo que por desgracia se suele hacer poco hincapié. Hay provincias en las que todos los jesuitas formados de menor edad tienen estudios especiales en su área de trabajo, a excepción de los que se dedican al área social. Tal vez no sea más que una mera casualidad. Pero creo que es también reflejo de una deficiencia de nuestra formación.

En *segundo lugar*, nos faltan verdaderas experiencias de formación en este terreno. Sobran lo que en el ámbito anglosajón llaman «exposures» –unos días o semanas de inserción en alguna realidad pobre en el 3^{er} o 4^o mundo, que corren el peligro de convertirse en turismo social– y faltan experiencias que nos dejen el corazón marcado y la mirada sobre Dios tintada por el afán que él tiene de justicia. Dedicamos mucho tiempo a dejarnos tocar por la misericordia del Señor: ejercicios, retiros, oraciones, examen... Y poco a dejarnos calar por él en los ojos de sus preferidos. Hay jesuitas que no han vivido una experiencia fundante, determinante en su mirar el mundo de los pobres. Algún jesuita ya formado cuando tiene que contemplar la imagen de la injusticia en el mundo tiene que acudir a una experiencia de 15 días en el noviciado. Creo que a esto no hay derecho. Estudios necesitamos, sí, pero en el conjunto unos pocos menos y más contacto con la vida y sus sufrimientos. Una experiencia fundante en la justicia-solidaridad no lo resuelve todo, pero sin ella se necesita mucha santidad, mucha experiencia de gracia, para poder trabajar por la misión fe-justicia. No tenemos derecho a ponérselo al Señor tan difícil. Nuestros modos de vida y nuestros interlocutores habituales nos alejan cotidianamente de esta misión, como para no ponerle alguna facilidad al Señor en el tiempo de formación.

En *tercer lugar*, no se ha destinado a la gente mejor al apostolado social que es el que puede a largo plazo equilibrar la balanza entre fe y justicia, muy escorada hoy por hoy en la Compañía hacia fe-cultura. A la más dotada

se le ha destinado al apostolado intelectual –loable, necesario, con una generosidad derrochada por los jesuitas a él destinados encomiable–, que tiene infinidad de demonios que es mejor ni siquiera mentar, y que obliga a un cuidado mayor del discernimiento y una importante práctica de la abnegación. Parecería que para el apostolado social basta con buena voluntad y buen corazón. No es así.

4. Nuestra práctica apostólica

Hay en la actualidad un asistencialismo muy importante en la mayor parte de los apostolados sociales en la Iglesia. Posiblemente porque se llaman mutuamente el deseo de servir de muchos agentes de Iglesia, de un lado, y, de otro, las administraciones, que les consideran una subcontrata barata que les permite responder a unas necesidades que de otro modo les resultarían mucho más costosas y complicadas de gestionar. Muchas de estas instituciones con programas de intervención social van perdiendo poco a poco su libertad ante la propia administración. La relación laboral con los asalariados también deja qué desear. De hecho con frecuencia se pide un plus de voluntariedad. Esta situación termina siendo bastante esquizofrénica. Los fines por los que trabaja valen la pena, pero los medios no resultan los mejores.

Por otro lado, la relación de asistencia suele incluir una asimetría entre los asistidos y quienes los asisten. Es una relación de ayuda. La misión fe-justicia aspira a la fraternidad, la cual supone relaciones más paritarias, mayor roce, mayor vulnerabilidad. La asistencia me hace superior al otro, la fe-justicia tiende más al reconocimiento mutuo y la reciprocidad. Desconozco hasta qué punto cuidamos esto en nuestros proyectos de intervención en el 4^o mundo. Lo que sí creo es que nuestro aporte específico como jesuitas debería ir más encaminado al encuentro mutuo integrador que a la atención paliativa.

La Compañía cuenta con instituciones muy variadas, en áreas muy distintas, académicas, enseñanzas medias, medios de comunicación social, ONG y contactos con gentes muy diversas. Se trata de una gran riqueza para quien quiere abordar los problemas de justicia en nuestro mundo, pues se dispone de contacto con gentes que sufren, de espacios donde reflexionar sobre las causas de la exclusión, capacidad de difundir una opinión pública y acceso a instancias políticas de decisión. Además, la riqueza de contactos internacionales permite participar en redes compuestas por instituciones que trabajan por las mismas causas en otros lugares. En el mundo globalizado que nos toca vivir, esta colaboración es clave para el abordaje de los problemas sociales, complicados e internacionales. La vida de los pobres se juega a pie de calle, pero no menos en los grandes centros de decisión de los organismos internacionales. Pocos grupos humanos

*Estudios
necesitamos, sí, pero
en el conjunto unos
pocos menos y más
contacto con la vida
y sus sufrimientos.*

*La asistencia me
hace superior al
otro, la fe-justicia
tiende más al
reconocimiento
mutuo y la
reciprocidad*

cuentan con semejante capital en personas e instituciones para responder hoy a los retos que plantea la injusticia global. Por desgracia, nuestras instituciones tienden por lo general a la endogamia y las relaciones entre ellas suelen ser más complicadas de lo que cabría esperar. Este es otro de los elementos que dificultan el avance de la opción fe-justicia. En el fondo es un error de orientación de estas instituciones: están tan volcadas sobre sus pequeños problemas que se olvidan de los mayores, que es donde deben encontrar su encaje las respuestas a los pequeños.

A mi modo de ver, son las universidades las instituciones que cuentan con las mayores potencialidades humanas e institucionales para involucrarse en esta misión. Sin embargo, son ellas también las que tienen hoy en día más complicado orientar su trabajo en la dirección de la misión fe-justicia. Tanto por el lado de la fe que, en un mundo universitario autónomo y en medio de unas ciencias que no dejan pie para otras consideraciones, queda arrinconada y sin lugar natural; como por el lado de la justicia, que excede las preocupaciones de la mayor parte de los docentes, preocupados por la cultura, o sencillamente por la carrera académica, y que pondría en aprietos los contactos con administraciones.

Por último, en este apartado me gustaría también aludir a que el tiempo actual, complicado, atomizado, un tanto inhóspito para la lucha por la justicia y aún más para la defensa de la fe, lleva muchas veces a los jesuitas a buscarse un rincón personal de sentido. No importa que no sea muy relevante, mientras lo sea para mí; no importa tampoco que no me involucre con otros compañeros, ni que sea una opción discernida junto a otros, basta con que me valga a mí. Cuanta menos iniciativa global moviliza una Provincia, más fácil que esto se produzca. Al final se termina con que no es posible echar mano de nadie para una causa común, lo cual es también un serio impedimento para la opción fe-justicia.

5. Nuestra vivencia de la espiritualidad

Una *primera consideración*. Durante las últimas décadas la vivencia espiritual en la sociedad se ha ido gnostizando, cada vez está más referida al propio individuo y a la patencia del misterio en su interior. Esta deriva que probablemente tenga que ver con la ya mencionada complejidad de nuestro mundo y nuestra pequeñez ante él –complejidad y pequeñez que combinadas nos aturden y asustan– también nos está afectando a los cristianos. También nosotros estamos más ocupados en la experiencia personal, íntima, interior, en la propia autorrealización. Tendemos más bien a ver lo de Dios en mí, que en los acontecimientos históricos, en lo que ocurre en la vida... Las librerías San Pablo podrían vivir sólo a cuenta de los textos de autoayuda que venden. Nos miramos mucho. Creemos que sólo podremos ser realmente valiosos para el Reino si estamos tan trabajados

nosotros mismos que, prácticamente, ya somos parte de él. No creo que sea así. Todos somos valiosos en el Reino, siempre y cuando nuestra disposición sea libre y resuelta. No se puede esperar a cambiar nosotros para poder servir al Reino. Ambas cosas van de la mano.

Esta es ciertamente una tendencia espiritual muy extendida, que contamina nuestra relación con el Señor y que desinfla la misión fe-justicia que tiene mucho más que ver con el mundo y sus causas, que precisa de mucha contemplación de la encarnación, de la divinidad escondida y del Dios que labora en todos los acontecimientos humanos, dejando en ellos signos donde interpretar nuestros tiempos y discernir nuestro papel en ellos.

Una *segunda consideración*. Una vez preguntaban a Gustavo Gutiérrez qué espiritualidad podía ser comprendida como espiritualidad de la liberación. Y contestaba sin titubear: la espiritualidad ignaciana. La respuesta no sorprende, dado que es una espiritualidad muy de ojos abiertos, de apertura al mundo, de descubrimiento en él del Dios de la vida que trabaja por el bien de sus criaturas en una realidad rota y desquiciada, de seguimiento por los caminos del Amigo de los pecadores.

Pero al mismo tiempo, sabemos que la propia espiritualidad ignaciana puede vivirse muy bien al margen de esa vía de acceso a la dimensión liberadora de lo divino. Muchas de las propuestas de espiritualidad que hoy vienen de la Compañía no contienen ese sabor del Dios parcial con los más pobres y que nos convoca a actuar en su favor. La opción preferencial por los pobres resulta a veces silenciada, acallada y así, la propia espiritualidad ignaciana no resulta interpeladora. Al modo de decir de Pieris se convierte en instrumento de salvación del pecado personal y no cuenta con la otra cara de llamada a la liberación de las criaturas.

Esa opción por los pobres es fundamental para nuestra actual misión fe-justicia, pero no es mera lógica. El Dios asimétrico resulta escandaloso aún para los cristianos y muchas veces o no lo anunciamos o no lo vivimos.

Una *tercera y última consideración*. En nuestro tiempo, en el interior de la Compañía, está apareciendo un juicio global negativo sobre el mundo que no deja resquicio a la actuación del Espíritu. Da la sensación de que todo está mal. Se mezcla con la lucidez del juicio agudo y de la expresión brillante, sin permitir que nada bueno se ilumine en esta realidad nuestra que iría de mal en peor bajando. No habría sitio para la fe, ni para la Iglesia, ni para el progreso de la justicia, ni esperanza para los excluidos, ni futuro para los incluidos... Sí, hay hoy en nuestra Compañía algunos «hombres de la queja» –como dice Robert Hughes:

la queja es la versión derrotada de la rebelión. Es la madriguera del que, insatisfecho con la solución que da a su vida, sale de cacería. Quejarse es sacar partido del propio hastío, sirviéndose platos cocinados con carne de derrotas ajenas. Es creerse que se vive porque se afirma que uno no se deja engañar. Vivir es acostumbrado

*No se puede
esperar a cambiar
nosotros para poder
servir al Reino.
Ambas cosas van de
la mano*

*intercambio de pesares, gemidos, difamaciones y bulos*⁹.

Este modo de estar nos recluye, deprime, paraliza y amarga. En muchas de nuestras comunidades se rumia una y otra vez esta desmovilizadora queja. Supongo que la amargura bebe de muchas fuentes: edad, fracasos, sensación creciente de irrelevancia, descenso de las vocaciones, la viscosidad de esta etapa moderna que no nos deja tratarla, porque es informe y detiene todos nuestros movimientos, la carencia de un enemigo externo claro y el crecimiento de otro que llevamos dentro...

Sinceramente, creo que hay bastante de esta acedia entre muchos de nuestros compañeros. Es melancolía, apatía. En lenguaje teológico recibe el nombre de ausencia de esperanza y en clave espiritual el de desolación, en la que conviene hacer más hincapié en la oración y en algún modo de hacer penitencia. Esta apatía y juicio agrio del mundo ha hecho también mella en jesuitas que se habían entregado a la transformación estructural, tal vez porque resulta muy dura, muy complicada.

El apostolado social peca en ocasiones de esta lectura negativa, aguda y demoledora. Es un flaco favor a la misión fe-justicia que debería cultivar la esperanza, señalar vías de participación, dar vida a lugares de inclusión y de fiesta. No se puede ir siempre de aguafiestas. El Dios en el que creemos, el amigo de la vida, no es así.

6. Las tendencias eclesiales actuales

Tras el Concilio Vaticano II hemos asistido a un fuerte repliegue eclesiológico, verdadero lema del actual pontificado. La fe se vive más desde lo ritual, los sacramentos, el peso del sacerdote y de la jerarquía. Crece el control en el interior de la Iglesia, el deseo de que todo permanezca atado e inmóvil. Se refuerza el discurso sobre la moral personal y, al menos en nuestro país, el enfrentamiento de la Iglesia con el Gobierno se ciñe a estas cuestiones morales que parecen ser el último bastión de defensa de la fe. Posiblemente hoy lo que existe en la estructura eclesial sea miedo a la desaparición de un orden que ya no regresará y el propio control se ejerce con ese mismo instrumento del temor.

Estas tendencias dan la impresión de una sobrepreocupación de la Iglesia por sí misma, y en tal sentido, de una atención mayor al símbolo del Reino que al propio Reino. Esta postura firme de custodiar la Iglesia no favorece precisamente la misión fe-justicia. Distorsiona la fe y se olvida de la justicia, si no es en relación con el papel de las estructuras eclesiales en el interior de Estados laicos –o aconfesionales, según los gustos–. Hoy hay muchos cristianos confundidos por la distancia entre el mensaje proclamado y el testimonio ofrecido por la Iglesia. De hecho, crece la conciencia de que la justicia en la propia Iglesia deja bastante que desear en forma de

desigualdad y falta de participación y democracia interna.

También estas tendencias nos han afectado a los jesuitas, por algo pertenecemos a la propia Iglesia y trabajamos en su interior. También entre nosotros hay un repliegue sobre nuestras propias estructuras y una enorme prudencia en la mayor parte de nuestras manifestaciones. En ese sentido nos falta la libertad que tuvieron muchos compañeros nuestros en el pasado.

Pues hasta aquí quería llegar con este ejercicio. Una hora: el tiempo que dura la meditación del propio pecado en sugerencia del propio San Ignacio. Se puede repetir para ganar en conocimiento interno del propio desorden, pero no puede uno quedarse ahí regodeándose toda la vida. Eso es faltar a la misericordia divina, que nos ayuda a ganar en lucidez para que volvamos a la vida con nuevos ojos, transidos de humanidad y reconciliación y no

de rabia y desesperación. No quiero yo que esta mañana salgamos con la impresión de que todo está mal, porque sencillamente no es cierto. Al contrario, como os decía al principio la misión fe-justicia sigue abriéndose camino en la Compañía: nos sentimos cada día más llamados a ella, percibimos que los mayores frutos apostólicos proceden de la conjugación de fe y justicia, y sabemos que es el gran regalo que Dios nos ha dado en nuestros tiempos, sellado con los sufrimientos de muchos compañeros y con la sangre gloriosa –ésta sí gloriosa– de los mártires. Sólo que me pedían una reflexión sobre los obstáculos, y haberlos, la verdad, sí los hay.

Patxi Alvarez SJ
Pedro San Martín 1, 1º y 2º izq.
48920 Portugalete
ESPAÑA
<p.alvarez@alboan.org>

⁹Robert Hughes, *The culture of complaint*, Oxford Univ. Press, Oxford, 1993, recogido de José María Fdz-Martos, *Toda vida verdadera es encuentro*, Rev. Manresa, n. 300, 2004, pp. 259–274.